



Susana Rosano

Universidad Nacional de Rosario

La voz de los hermanos en la última dictadura argentina: entre el silencio y una mirada diferencial

The Voice of Siblings Under Argentina's Last Military Dictatorship: Between Silence and a Different Perspective

Resumen

Con su concepto de “memorias subterráneas”, Michael Pollak sostiene que el silencio colectivo de algunos grupos sobre su experiencia cumple la función de evitar el rechazo social, o de impedir culpabilizar a otras personas. El silencio, a diferencia del olvido, es un modo de gestión de la identidad. Este artículo se pregunta si este puede ser el caso de los hermanos de los desaparecidos y asesinados de la última dictadura militar argentina, una población menos estudiada en relación con otros familiares, como son las madres, abuelas, y aún los hijos y nietos. A partir del análisis de *El tren de la victoria: una saga familiar*, de Cristina Zuker; *Detrás del vidrio oscuro*, de Sergio Schmucler, y *Hades Argentina*, de Daniel Loedel, se pregunta si es posible hablar en estos casos de una mirada diferencial de lo que Elizabeth Jelin denomina el *familismo* en las luchas por la legitimidad de la palabra. ¿Puede la voz de los hermanos deconstruir el archivo que han venido cimentando los organismos de derechos humanos y las memorias de la militancia, para ofrecer un conocimiento nuevo?

Palabras clave

Memoria, dictadura, hermanos, archivo.

Abstract

Through his concept of “underground memories,” Michael Pollak argues that the collective silence of certain groups about their experiences acts as a mechanism for avoiding social

rejection or preventing others from being blamed. Silence, unlike forgetting, is a way of managing identity. This article explores whether this might be the case for the siblings of the disappeared and murdered during the last Argentine military dictatorship, a group that has been less studied in comparison with other relatives, such as mothers, grandmothers, and even children and grandchildren. Based on an analysis of Cristina Zuker's *El tren de la victoria: una saga familiar*, Sergio Schmucler's *Detrás del vidrio oscuro*, and Daniel Loedel's *Hades Argentina*, the article examines whether it is possible to speak in such texts of a different perspective regarding what Elizabeth Jelin terms “familism” in the battles over the legitimacy of speech. Can the voices of these siblings deconstruct the archive built by human rights organizations and the memories of political militancy in order to offer new insights?

Keywords

Memory, dictatorship, siblings, archive

La memoria designa una zona de asociaciones voluntarias e involuntarias que se mueve entre el pasado y el presente, ambos entendidos como formaciones incompletas. De allí que las combinaciones diacrónicas de temporalidades históricas y sociales que parecían muertas lleven a que se asome nuevamente, como retardamiento o aceleración, lo que no pudo ser modulado en su momento (Richard 25).

Por otra parte, con su concepto de “memorias subterráneas”, Michael Pollak sostiene que el silencio colectivo de algunos grupos sobre su experiencia cumple la función de evitar el rechazo social o impedir que otras personas se sientan culpables. El silencio, a diferencia del olvido, es un modo de gestión de la identidad. Posiblemente sea este el caso de los hermanos de los desaparecidos y asesinados de la última dictadura militar argentina, una población menos estudiada que otros familiares, como las madres, las abuelas y aún los hijos y nietos.

Hace ya aproximadamente quince años, en una entrevista televisiva, escuché el relato del hermano de un desaparecido. Aunque no recuerdo sus nombres (el del desaparecido ni el del hermano) ni el del programa, sí retuve una frase contundente que, más o menos, decía: “O sea, yo pienso que, si él no hubiera desaparecido, yo hubiese tenido otra vida”. Cuando escuché estas palabras, como suele suceder con aquellas que impactan directamente en nuestras vísceras, no las

olvidé nunca más. Claro: a mi único hermano, Alfredo, también lo desaparecieron y asesinaron a los 19 años, y es evidente que el condimento autobiográfico fue importante para ello. Sin embargo, mi propio testimonio nunca se convirtió en un libro, más allá de una decena de notas publicadas en diarios y revistas. Tal vez la pulsión de vida me impulsó hacia otros horizontes menos dolorosos. Ofrecí mi testimonio judicial cada vez que fue necesario. *Los pasos de la memoria* es el libro de Osvaldo Aguirre (1996), en el que el caso de Robin, mi hermano, constituye uno de los cinco trabajados. Contar esto aquí es un intento por advertir que me llevó casi cincuenta años hacer de mi experiencia personal motivo de conocimiento, pulsión de escritura. Tuvo que transcurrir un largo tiempo para que me preguntara por mi propia voz en relación con la historia de mi hermano Alfredo y la tragedia de mi familia. Y desde aquí surge la pregunta que da sentido a este artículo: ¿puede entonces la voz de los hermanos deconstruir el archivo que han venido cimentando los organismos de derechos humanos y las memorias de la militancia, para ofrecer un conocimiento nuevo?

El único libro que aborda específicamente la cuestión de los hermanos de desaparecidos-asesinados se llama *Memorias fraternas* y fue publicado en Argentina por Eudeba en 2010. Lo interesante de este estudio, llevado a cabo por investigadores en ciencias sociales de la Universidad de Buenos Aires, es el énfasis que se establece desde el principio en el doble vínculo de esos hermanos como tíos de los niños que quedaron huérfanos a raíz de la desaparición-asesinato de sus padres. Esta situación llama mucho la atención y suscita una pregunta: ¿qué sucede con la voz de aquellos hermanos de desaparecidos que no tenían hijos? ¿Se refuerza su invisibilidad a partir de este hecho? No es casualidad que este libro tenga dos prólogos: uno a cargo de Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, y el segundo, de Ana Arias, directora de la Carrera de Trabajo Social de la UBA, quien se reconoce allí misma en su carácter de hija de desaparecidos.

En este artículo, se revisan tres textos bien diferentes, pero que coinciden en la relación que establece la voz autoral con la condición de hermanos de detenidos-desaparecidos en Argentina. Ellos son *El tren de la victoria: una saga*



familiar, de Cristina Zuker; *Detrás del vidrio oscuro*, de Sergio Schmucler; y *Hades Argentina*, de Daniel Loedel. La pregunta que articula esta investigación es si es posible hablar, en estos casos, de una mirada diferencial respecto de lo que Elizabeth Jelin denomina el *familismo* (Jelin 45-75) en las luchas por la legitimidad de la palabra. ¿Puede la voz de los hermanos deconstruir el archivo que han venido cimentando los organismos de derechos humanos y las memorias de la militancia, para ofrecer un conocimiento nuevo?

Una saga familiar

Se propone aquí leer *El tren de la victoria*, de Cristina Zuker —que lleva por subtítulo *Una saga familiar*—, publicado por primera vez en 2003, como una intervención en la esfera pública que tiene la intención de construir otro archivo, diferente, en relación con la vida y la muerte de su hermano Ricardo, conocido por su nombre de guerra montonero, el Pato. Con este gesto potente, la autora convierte en objeto de conocimiento su dramática historia de vida (la de su hermano, pero asimismo la suya propia; la de sus padres, el actor Marcos Zuker y Silvia López; la de Marta Libenson, compañera del Pato; y la de su hijita Ana Victoria, la Pitoca).

A estas alturas de los estudios sobre memoria y derechos humanos, es pertinente subrayar la importancia de cómo se recuerda el pasado, quién lo recuerda, cuáles son las narrativas que se legitiman en el espacio social y político, y cuáles quedan olvidadas. Y cuando se piensa en la lectura que los hermanos hacen de esa larga temporalidad de la memoria, centrada en Argentina en la figura de madres, abuelas e hijos, esto se puede relacionar con lo que Jacques Derrida sugiere al proponer desarmar el archivo. La mirada de los hermanos puede someterlo a la deconstrucción, reorientar su apertura al porvenir, todo lo que vincula el saber y la memoria a la promesa, en este caso, de un nuevo conocimiento.

¿Qué aspecto novedoso ofrece el relato de Cristina Zuker en tanto hermana de un desaparecido, en la peripecia de conocimiento a la que la arroja su

investigación? Si se analiza el proceso de búsqueda que relata *El tren de la victoria*, se puede comprobar que la investigación que le permite a Cristina saber fragmentariamente qué sucedió con su hermano en los últimos días de vida, después de que lo detuvieran en Buenos Aires en febrero de 1980, qué pasó con su cuerpo, dónde está, está siempre teñida por la afectividad que implica la relación entre el cuerpo de la hermana con el del desaparecido. Es necesario también profundizar la apertura que instaura este libro, publicado en 2003 y reeditado en 2010, en un país como la Argentina, donde el discurso de los derechos humanos se ha configurado en torno a la figura de las madres, las abuelas y los hijos, en un gesto que, de alguna manera, reinscribe el relato paternalista que Derrida descubre en la constitución misma del archivo (11).

Cristina Zuker era ocho años mayor que su único hermano. En su libro, la escritura de su vida abarca el lapso comprendido entre el nacimiento de Ricardo, el 24 de febrero de 1955, y su desaparición definitiva, el 29 de febrero de 1980. Es en ese momento, según los testimonios recabados, cuando el Pato Varieté (tal era su nombre de guerra), que había llegado a la Argentina en el segundo envío de la Contraofensiva montonera, cae en manos de integrantes del batallón 601 en el barrio de Once, en Buenos Aires, y desaparece para siempre. Y es en ese momento cuando, de alguna manera, la vida de Cristina se detiene.

En 2010 se publica la segunda edición de *El tren de la victoria*, con algunos cambios interesantes. Al final de esta segunda edición, la autora reconoce que padece cáncer de pulmón. Cuatro años después, en 2014, se suicida. En la entrevista que Vera Carnovale le realiza en 2005 en Memoria Abierta,¹ se la ve como una mujer muy frágil. Reconoce haber atravesado allí varios períodos depresivos, que incluyeron dos intentos de suicidio. La primera vez, a su retorno a la Argentina, después de la muerte repentina de su madre en San Pablo, por un ataque cardíaco,

¹ Memoria Abierta es una prestigiosa alianza de derechos humanos, creada en 1999 en Argentina, que trabaja para promover la memoria del terrorismo de Estado y de las violaciones de los derechos humanos en el país. La integran, entre otros organismos, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Buena Memoria, el CELS, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por razones políticas. Incluye los archivos oral y documental. Ver <https://memoriaabierta.org.ar/wp/nuestra-historia/>

y dos días después de haber llegado juntas para visitar al Pato, que ya estaba exiliado allí. Cristina Zuker también describe en esta entrevista su exilio en Madrid como devastador. Dice que había llegado muy desvalida, muy débil, y que paseaba por la calle llorando: “Perder a mi hermano fue un verdadero desastre para mí: yo lo amaba”, afirma, para subrayar que el exilio era para ella, en ese momento, “un campo de cadáveres” (Carnovale).

Con solo 25 años, cuando lo desaparecieron junto a su mujer, Marta Elina Libenson, la Maca, en febrero de 1980, Ricardo había participado en la creación de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en 1973 y, un año después, ya estaba encuadrado en Montoneros. Cristina no va a poder desprenderse, durante todo el relato, del recuerdo persistente del miedo a estar sola que reconoce haber arrastrado a lo largo de toda su vida. Es un dato importante, en este sentido, que el primer capítulo del libro lleve por título “El nacimiento”, y que sean precisamente la fecha de este acontecimiento y los recuerdos en torno a lo sucedido la noche anterior al parto de su madre los que den inicio al relato.

Para construir el archivo sobre el que se despliega su libro, Cristina Zuker echa mano de materiales diversos, entre ellos la voluminosa carpeta con cartas y papeles que Ricardo le entrega en Altea, una localidad de la provincia de Alicante en España, en los últimos días de diciembre de 1979, en un gesto que a todas luces tiene los condimentos de una despedida. Pero aquí hay algo más que una despedida. Se puede plantear este momento como una escena de archivación, tal como la concibe Derrida: el momento en que el hermano le entrega su propio archivo. ¿Qué significa ese gesto? ¿Hay aquí un mandato de recordar o se trata de otro tipo de orden? Si el archivo es siempre ley, ¿qué mandato le da el Pato a su hermana en esa escena de archivación? ¿Qué puede ordenar su hermana de esa historia? Acto seguido, Cristina se vuelve la guardiana, la arconte, de esos papeles. Cabría acá preguntarse sobre el sentido por el cual guardó en primer lugar el Pato estos papeles, y qué puede entonces hacer Cristina con eso. Aquí también aparece el problema de la herencia y sus implicancias.

“Te pido por favor que la cuides mucho [la carpeta] porque acá está casi toda mi vida, me dijo con la solemnidad que la ocasión requería”, cuenta Cristina que le manifestó su hermano al entregarle los papeles² (Zuker 155). En esa carpeta estaban las fotos familiares y todas las cartas que Ricardo recibió desde su partida al exilio hasta esos días del último encuentro, incluidas las que su madre le había escrito antes de su muerte en San Pablo. Pero además de papeles, la carpeta tenía banderines de Defensores y de San Lorenzo de Almagro, a los que Marta Libenson agregó algunas fotos de su hija Ana Victoria desde que era muy chiquita. Se puede pensar acá en el archivo como que suplanta al cuerpo, lo cual es tremendamente significativo porque, como ya se sabe, son los familiares quienes arman el archivo, no el propio desaparecido. En este caso, es el Pato quien impone su propio archivo. Qué difícil debe haber sido para Cristina, en tanto hermana, hacer un trabajo de interpretación y selección del material, cuando ya venía dado de antemano, porque el archivo del Pato nunca parece dejar un lugar propio para la hermana. Su gesto parece anular la posibilidad de una voz propia para ella.

Es interesante resaltar acá el gesto de Ricardo en tanto mandato de escritura. Entregar a su hermana la carpeta de apuntes personales que aspiraba a convertir alguna vez en un libro, además de las cartas y fotos, permite leer una transferencia del deseo de escritura, un legado. El adiós premonitorio de alguien que sabe que va a morir, y quiere transformar su vida en relato. Pero para cumplir el deseo de su hermano, Cristina necesita que transcurra el tiempo. El miedo a sufrir mucho, dice, fue postergando la decisión de revisar esos documentos, que iban a iluminar el profundo pozo de la ausencia (Zuker 155). Cuando por fin se animó, pudo recobrar la voz del Pato a través de lo que fue escribiendo, su endiablada letra, en hojas de cuaderno. Además del esfuerzo por descifrar su caligrafía, Cristina afirma en el libro que se vio obligada a confrontar esos textos con sus propios recuerdos de ese pedazo de vida, “cuando de verdad Ricardo se me empezó a morir” (Zuker 155).

² Todas las citas textuales de *El tren de la victoria* provienen de la primera edición del libro. Para evitar confusiones, las citas conservan la fecha de publicación de esta primera edición, 2003.

El archivo que la autora construye para escribir *El tren de la victoria*, esta historia de vida y de muerte de Ricardo Zuker, a caballo entre la biografía y el testimonio, va a incorporar a esos papeles, cartas y apuntes, una serie de entrevistas posteriores a la desaparición que Cristina realiza a sobrevivientes, tanto en Argentina como en España. De esta manera, entre algunos pocos otros, desfilan los relatos de Elio Vitali; Dani Korenfeld, el Turco, y Betty, su mujer; Daniel Schiavi, el Nusi; Osvaldo Nemirovski, el Zeta; Carlos García Blaya; Eduardo Epzteyn, el Nabo; Willi Villalobos; Carlos Bettini Francese, el Corto; Eduardo Gluj, Silvia Tochinsky, Vicki Kornblihtt. Además de las entrevistas a los dirigentes montoneros Mario Firmenich y Roberto Perdía; a Fito, que estuvo con Ricardo en el entrenamiento en el Líbano, y a Alberto, dirigente montonero que se niega a volver por segunda vez a la Argentina. Es interesante observar cómo, en estos dos últimos casos (los de Fito y Alberto), la autora preserva los apellidos de sus testificantes en un guiño evidente que busca proteger su identidad frente al posible ajuste de cuentas de la dirigencia montonera.

Con todos estos materiales se construye un texto potente y brutal. Tomar la posta del relato que le entrega Ricardo antes de la despedida la arroja a Cristina en un intento precario, difícil por casi imposible, de construir una voz propia desde un lugar descentrado: el de la hermana mayor, no militante, pero absoluta y amorosamente entregada a narrar la saga familiar. *El tren de la victoria* ofrece así un fresco de la época, fundamentalmente de los largos años sesenta, cuando la militancia era la vida, pero también del mundo artístico que giraba en torno a la figura del padre de Ricardo, el famoso actor Marcos Zuker. En todo momento, la música acompaña las escenas, tanto desde las voces de Charlie García, Sui Géneris o Nito Mestre como desde las del ya olvidado Fetiche.

El archivo imposible

Ya se planteó en este artículo que la condición de hermano ha sido poco estudiada por la investigación científica y humanística, en la que prevaleció como objeto de estudio la relación parento-filial. La mayor valoración cultural de este vínculo, en comparación con el fraternal, podría deberse a que los adultos, en todas las civilizaciones, ejercen un poder y una autoridad mayores que los de los niños. Son vistos y se ven a sí mismos como los creadores de la cultura y la sociedad, de valorizaciones, creencias y prácticas que determinan lo que se visibiliza y lo que no. La reticencia de muchos hermanos ante la posibilidad de testimoniar puede deberse a diversos factores: inhibición, temor (a que se les vuelva en contra, por ejemplo), incapacidad para encontrar las palabras adecuadas, o a no estar seguros de que su testimonio tenga sentido para sí o para quien lo va a escuchar. Pero también, y asociado a esto, como lo explica Pollak, puede ocurrir que no haya habido un marco social y cultural que les hiciera sentir a los hermanos que su testimonio era significativo (Pollak 9).

Para poder dar sentido al asesinato de su hermano, Cristina Zuker necesita meterse de lleno con los relatos de la Contraofensiva montonera, en un presente de la enunciación en Argentina, al principio de los 2000, donde todavía este hecho no había sido investigado desde la rigurosidad historiográfica. En este sentido, el libro de Zuker ofrece un punto de vista singular y novedoso en el archivo de los derechos humanos, una nueva forma de preguntarse por la Contraofensiva, en tensión con los dos archivos más importantes que circulaban en ese momento en Argentina. Estos son el Archivo Nacional de la Memoria, construido por el Estado bajo el discurso de los derechos humanos, y, por otro lado, el archivo de los combatientes. Es decir: la voz de las militancias armadas, que, en un gesto político evidente, ofrecen a partir de mediados de la década del noventa otro punto de vista sobre los avatares del terrorismo de Estado (Pontelli y Urrutia 62).

Los archivos de la memoria se conformaron en Argentina como respuesta a la demanda jurídica impostergable de los organismos de derechos humanos y a la



necesidad de reunir pruebas para los juicios sobre la figura del desaparecido. Es decir, la narrativa humanitaria que enmarcó la restauración democrática en 1983 tuvo como objetivo principal hacer visible la masacre perpetrada por los líderes del Proceso de Reorganización Nacional (Crenzel 75). El silenciamiento de su condición de militantes armados obedeció a la estrategia y a la necesidad de reivindicarlos, principalmente, como víctimas del proceso represivo (Pittaluga 51). Pero desde su inicio, estos archivos nos conducen a un lugar vacío: la inmaterialidad de la figura del desaparecido se relaciona con un desorden constitutivo. La desaparición forzada, como crimen emblemático de nuestra historia, destina a los archivos un cierre que, de antemano, es imposible: nunca sabremos cuánto falta por saber; nunca podremos saber cómo fue llevada a cabo en detalle cada una de las masacres. El saber queda entonces siempre suspendido, y con ello permanece la promesa y, hasta cierto punto, se podría sostener, algún tipo de ilusión. Aunque ya se sepa (pasaron casi cincuenta años) que es casi imposible saber algo más, encontrar más cuerpos, más testimonios, más archivos sobre el exterminio, *el escándalo de la desaparición* acecha también en su carácter de promesa nunca satisfecha, pero tampoco abandonada por completo.

Desde aquí, la construcción colectiva de la víctima de terrorismo de Estado, que guía el proceso de justicia y de democratización en Argentina desde la creación de la CONADEP en 1983 hasta la apertura del Archivo Nacional de la Memoria en 2003, gira en torno a una búsqueda. Poder saber cuántos son, qué ocurrió y dónde están nos expone a un pedido de presencia, de materialidad, de lo ontológico. Esto quiere decir que el sistema represivo que implementó la dictadura nos dejó como herencia “la necesidad de crear archivos contra el mal de archivo y contra los archivos del mal” (Pontelli y Urrutia 65). Es decir, aquellos archivos secretos, ocultos y clasificados, la mayoría de ellos destruidos, que registran todo lo que aún no se sabe sobre lo que efectivamente sucedió. Desde 1983 estamos frente a un archivo abierto, pero, a la vez, condicionados por la necesidad de establecer una política de verdad, entendida como la reunión de pruebas fácticas, testimonios y

sentencias judiciales. Y, en este sentido, la búsqueda de la verdad se entiende como reparatoria.

Si la figura del desaparecido, como centro vacío, articula la estructuración de los archivos de memoria bajo sus formas jurídicas, en el caso de los archivos de las militancias armadas, su lugar lo ocupa la figura del revolucionario. Hay acá un deseo de saber quiénes murieron en la lucha armada y, de esta manera, a partir de la década de los 90, se vuelve a politizar el campo. Desde aquí, la trilogía *"La voluntad". Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, puede leerse tanto como un inventario de la época como un texto emblemático para la construcción del archivo de los combatientes.

Desde aquí, se puede pensar en el libro de Cristina Zuker como la posibilidad de habilitar una tercera vía para construir el archivo, en este caso, la que realiza una hermana no militante para ajustar cuentas con la cúpula montonera por la difícil experiencia de la Contraofensiva. El Pato Varieté y su mujer, Marta Libenson, llegan a Buenos Aires junto a Ana Victoria a fines de marzo de 1979 para participar de la primera edición de la Contraofensiva y retornan a Madrid aproximadamente a principios de noviembre de ese mismo año. Después de dejar a la niña en la guardería montonera "La casita de caramelo" en La Habana, se suman al segundo envío y caen en manos del Batallón 601 a poco de llegar a Buenos Aires, el 27 de febrero de 1980.

La Contraofensiva

Entre 1979 y 1980, ingresaron clandestinamente a la Argentina desde el extranjero más de doscientos militantes guerrilleros que, después de dos años de exilio, habían sido convocados por la conducción de Montoneros para lo que el historiador inglés Richard Gillespie presenta como "una estrategia propagandística, política y militar" (Gillespie 104) y que se conoce como la Contraofensiva. Convencidos de que el descontento y la conflictividad sindical habían ido



aumentando en el país y con el objetivo de realizar atentados explosivos y acciones de propaganda, estos militantes tenían como mandato incentivar los conflictos sociales que, suponían, existían en Argentina desde el golpe del 76. Aunque las cifras son difíciles de precisar debido a la destrucción de muchos archivos de la dictadura y al tiempo transcurrido, la investigación histórica sostiene que cerca de noventa de ellos fueron finalmente asesinados y desaparecidos en la clandestinidad (Confinio 15).

En el penúltimo capítulo del libro —que lleva por título “El duelo”— Cristina Zuker incluye fragmentos de la entrevista que le realizó en Barcelona en 1998 a Silvia Tochinsky, quien fue liberada tras permanecer dos años desaparecida. A través de su testimonio ante la Secretaría de Derechos Humanos, se entera de que su hermano siguió con vida hasta diciembre de 1980 en el Campito, un centro clandestino de detención ubicado detrás de los muros de Campo de Mayo (Zuker 219). En este capítulo también se encuentra el relato del encuentro entre Cristina y Firmenich, “el que fue comandante del ejército montonero hasta que se quedó sin tropa” (Zuker 221). Confiaba todavía en ese momento en que el dirigente le iba a dar algún tipo de información sobre la última etapa de la vida de Ricardo y, acaso, poder reconstruir su caída. Además, quería hablar con su hijo Mario Javier, que nació en cautiverio en 1976, sobre los cinco años que había sido compañero de banco de Ana Victoria Libenson (la hija de Marta Libenson, la mujer del Pato) en el Colegio Nacional de Buenos Aires.³

Las palabras de Mario Eduardo Firmenich al teléfono dejan clara desde el principio la imposibilidad del diálogo. El dirigente le asegura allí a Cristina que

³ La discusión sobre los pormenores de la historia de Ana Victoria Libenson y las consecuencias no deseadas de su trágica vida y muerte, a los 20 años, por cáncer de lengua, merece, sin lugar a duda, otro artículo. Es una de las historias más dramáticas sobre los tremendos sufrimientos que padecieron muchos niños, hijos de militantes, exiliados y separados de sus padres. En el libro, Cristina Zuker dedica el último capítulo, “La Pitoca”, a relatar los entretelones de la disputa familiar, una vez que sus abuelos maternos la van a buscar en La Habana. Allí la habían dejado, en la guardería “La casita de caramelo”, después de la desaparición de Ricardo y su mamá, Marta Libenson, en febrero de 1980. Ver Zuker 2003, 245-280.

debía sufrir de “ilusiones ópticas” si pensaba que él estaba en condiciones de contarle algo del Pato que ella no supiera. La carcajada con la que concluye la conversación telefónica —que a Cristina le suena “demasiado hueca” (Zuker 221)— es toda una metáfora de esa imposibilidad. La máscara que Firmenich se construyó para no asumir ninguna responsabilidad por las consecuencias de la Contraofensiva encuentra aquí un límite infranqueable. No hay indicio que permita observar un mínimo interés por parte de los dirigentes montoneros en brindar información sobre el destino de los combatientes que perdieron la vida en la Contraofensiva.

Y es desde aquí que —para comprender lo que pasó con su hermano, ante el silencio infranqueable de los dirigentes montoneros— Cristina Zuker emprende la construcción de otro archivo, distinto al de los combatientes. Es precisamente en este momento cuando la autora decide dinamitar el silencio al que había sido arrojada en tanto hermana de un desaparecido. Para relatar sus sufrimientos, dice Michael Pollak, una persona necesita encontrar a alguien que la escuche (6). Y, a sabiendas de su precariedad y desde el mal de archivo del que habla Derrida, la escritura de *El tren de la victoria* trabaja para dar forma a una voz inestable, imposible de blindar, que se cimenta en la intemperie; una voz que se desgarran en grito. Y de esta manera, la historia del Pato Zuker impulsa a Cristina al lugar de Antígona, la heroína dramática que desobedece al poder de Creonte para sepultar a su hermano. Nacida de forma incestuosa (es hija de Edipo y Yocasta), Antígona se resiste a cumplir las órdenes de Creonte y asegura que “no era un siervo sino un hermano el que moría” (Butler 17). Pero Antígona no es una madre; nunca será madre; es solamente una hija-hermana de Edipo y de Polínices. Lo impronunciable en este relato de una hermana, en este caso Cristina Zuker, su grito, desarma el archivo, lo convierte en imposible y habla a las claras de la necesidad de crear nuevos archivos contra el mal de archivo. *El tren de la victoria* arrastra en sus casi trescientas páginas el grito incesante de la autora, pero no logra, finalmente, consolidar una alternativa al archivo de la militancia. Ser la guardiana del archivo del Pato Zuker, su soporte, la melancoliza y convierte su voz en un grito agónico.



En este primer caso, el de la voz de Cristina Zuker, nos encontramos ante un archivo imposible: no existe aquí cierre; no hay cura, no hay sutura.

Opaco, demasiado opaco

En *Detrás del vidrio*, de Sergio Schmucler, se pueden analizar con detenimiento las representaciones de un hermano menor sobre la militancia y la experiencia del exilio. Se trata de otro texto donde uno se puede preguntar sobre la posibilidad de una mirada diferencial en el registro de lo que se denomina el *familismo* en las luchas por la legitimidad de la palabra (Jelin 45-75) ¿Es posible desde el lugar de hermano deconstruir los archivos que han venido cimentando los organismos de derechos humanos y las memorias de la militancia en Argentina, para construir un tercer archivo, diferente, que habilite un conocimiento nuevo?

Escribir sobre una catástrofe, recordar un acontecimiento violento que trastoca y transforma la vida para siempre, es también referirse a sus efectos posteriores, a ese quiebre que convirtió gran parte del resto de la vida en mera sobrevivencia. La herida sigue allí, es constitutiva. Al inicio de esta novela, construida con todos los guiños de la autoficción, el narrador protagonista, Abel, se encuentra en la sala de espera del aeropuerto internacional de Ezeiza, observando cómo sus padres lo despiden. Transcurre el 12 de agosto de 1976, cinco meses después del golpe de Estado. Abel tiene 17 años y sus padres han decidido enviarlo a México para salvarlo. “El ángel de la revolución que les revoloteaba en la cabeza” (Schmucler 19) no logra impedir la caída diaria de los militantes bajo las garras de la dictadura. En algún sentido, Abel parece un poco ajeno a la situación y observa todo desde el otro lado del vidrio. Es allí donde se quedará buena parte de esta historia: detrás de ese artefacto poco transparente que refleja imágenes borrosas y que, de alguna manera, traza un límite entre la posibilidad de vivir una vida propia y la elección de su hermano Pablo, quien decide permanecer en la Argentina, resistiendo y combatiendo hasta el último hombre contra la dictadura, para ser

finalmente desaparecido el 28 de enero de 1977. Ubicarse detrás del vidrio, en el exilio, le permite a Abel deambular entre el presente, el pasado y el futuro; entre la supervivencia, la memoria y los planes para una nueva vida.

Sergio Schmucler hace ficción aquí a partir de sus experiencias como militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en la ciudad de Córdoba de los años 70, al revivir el entusiasmo juvenil de la izquierda peronista durante el breve gobierno de Héctor Cámpora, las primeras acciones represivas de los grupos paramilitares de la Triple A bajo Isabel Perón, y, finalmente, la muerte y la desaparición de los compañeros a partir del golpe de Estado. La oscilación entre lo personal y lo colectivo se anticipa desde el comienzo con las primeras dudas que acosan a Abel sobre la justicia de la política que está llevando a cabo Montoneros, ya que si bien al principio repite mecánicamente todas las indicaciones de su hermano mayor a pesar de intuir la catástrofe que se avecina —“todos los días me enteraba de la desaparición de un nuevo compañero”(20)—, más tarde acepta exiliarse desobedeciendo las instrucciones de sus superiores, “sintiéndonos culpables por abandonar a los demás, por pretender salvarnos solos y a la vez reconociendo la inutilidad de seguir en el país” (26). Esta ambivalencia, la acidez permanente de la duda, atraviesa la mayor parte del texto:

¿Y si el equivocado soy yo? ¿y si es cierto que en cualquier momento empieza la contraofensiva anunciada por la organización y ahora sí los compañeros sacan todo el poder de fuego a la calle, esas granadas, esas bazookas, esos fusiles FAL, que siempre veíamos en la revista Evita Montonera, y la gente se nos pliega y hacemos un kilombo como el Cordobazo, y después otro, y otro, pero ahora en todo el país, y terminamos con el gobierno en las manos? (19)

Escrito desde un presente de la enunciación que encuentra al narrador-protagonista ya definitivamente instalado en México, se puede concebir la estructura de este libro como un collage lleno de recuerdos, con un entramado



fragmentario y multiforme. Está estructurado a partir de fragmentos escritos por el narrador-protagonista, cartas tomadas de un portafolio negro (el lugar donde Abel guarda sus papeles más íntimos, un verdadero archivo clandestino en el exilio) y entradas de un diario de viaje que abarcan de 1976 a 1983. En el medio, también se hallan poemas; listas de cosas por hacer, objetivos por cumplir y lugares que visitar; el currículum vitae de “un revolucionario secundario, argentino montonero” (119); pensamientos vagos y, en general, un cúmulo de memorias interrelacionadas que intentan dar cuenta de las preocupaciones y vivencias de un militante adolescente lejos de casa, que reflexiona sobre su pasado y, al mismo tiempo, de un adolescente que valora su presente y la posibilidad de construir un futuro.

La relación de Abel con Pablo, su hermano mayor, se establece desde el principio, bajo las zozobras ambivalentes, de amor y de celos, de competencia y admiración, de cualquier relación fraterna. Un poco más de dos años mayor y rubio como el padre (el semiólogo Héctor Schmucler), Pablo será en todo momento el guía de Abel en su camino de aprendizaje de la militancia. Entre los tres habitará un nosotros, cobijado irónicamente bajo las enormes alas del *ángel de la revolución*:

Ahora casi todos estábamos juntos: mi papá, mi hermano, Perón, las FAR, los Montoneros, los estudiantes de las escuelas técnicas, los villeros de barrio Güemes, los viejos que venían siendo peronistas desde siempre, los estudiantes llenos de barba y de pelo largo, Piero y Leonardo Favio, el judío con el nacionalista. Todos estábamos bajo las enormes alas del ángel que revoloteaba sobre nuestras cabezas, todos nos dejábamos arrastrar por el viento de la vida y de la muerte. (21)

Sin embargo, desde el comienzo, el deber ser del revolucionario —con su oferta de preparativos de atentados, operativos y pintadas— entrará en tensión y contradicción con la timidez de Abel (a quien todos llaman “el gordo”) y sus

impulsos adolescentes. En ese territorio, los libros, las motos y la guitarra eléctrica ocupan un lugar tan importante como las pulsiones de su despertar sexual.

El tránsito de Pablo entre ser el hermano mayor, el que marca el camino, y un desaparecido para siempre arroja a Abel la culpa del sobreviviente. “No vale la pena la muerte” (53), dice el protagonista, pero la muerte existió y Abel busca las palabras adecuadas que le permitan dar un nombre a la derrota y, de esta manera, tramitar el duelo. En primer lugar, reproduce la carta que le envía en 1979 la madre de un amigo desaparecido, como si todavía le fuera imposible expresar con palabras propias su pérdida personal y tuviera que hacerlo por medio de un tercero:

Todos estos chicos han vivido una tragedia, perseguidos, delatados, entregados, exterminados en las calles o en casas cantadas. Fue como un ejército cuya plana mayor se pusiera a buen recaudo y sus soldados fueran abandonados a su suerte [...] Como a las ratas los mataron. (155)

Desde aquí, este libro de Héctor Schmucler puede pensarse en sintonía con *El tren de la victoria*, de Cristina Zuker, como la posibilidad de un hermano de habilitar una tercera vía para construir el archivo, desviado tanto de los humanitarios como de los combatientes. En este caso, la que realiza Abel, desde su lugar de hermano menor, ante la certeza de que la Triple A había comenzado a preparar en el país “la muerte grande” (40), y el descubrimiento de que los militantes empezaban a quedarse solos. El protagonista cuenta allí que, si realizaba una crítica durante las reuniones, lo descalificaban por “no comprender las necesidades de la coyuntura” (42) y terminaban acusándolo de reformista o liberal por desconocer que toda guerra revolucionaria debía recorrer ciertas etapas “para la necesaria acumulación de fuerzas que permita construir el partido y el ejército popular que conducirá inevitablemente al pueblo a la victoria” (43). Sin embargo, el hermano menor reconoce en esta novela que, mientras hacía grandes esfuerzos por comprender, sentía que unos con otros estaban en permanente competencia y

que muchos de ellos actuaban menos por convicción que por quedar bien con quienes estaban en la conducción (43).

El que duda si seguir militando es “un cagón, un traidor, un desertor” (91) y el que se va es un quebrado, un cobarde, de acuerdo con la lógica que sustenta el archivo de los combatientes y su monumentalización del culto al heroísmo. En este sentido, *Detrás del vidrio* aborda el profundo quiebre que existió entre lo que se proclamaba públicamente y lo que los propios activistas percibían en la intimidad. Se trata de esa contradicción a la que aluden Pilar Calveiro y Ana Longoni entre la línea explícita, formal y pública de las conducciones revolucionarias, que proclamaban una victoria segura y próxima, por un lado, y la estructura de sentimiento en términos de Raymond Williams que empezaba a cuajar en el conjunto de la militancia, su conciencia de las señales de derrota y de la proximidad de la muerte (Calveiro 27-46) (Longoni 24).

El que se va es un cobarde, afirma Pablo, su hermano mayor, quien marcó el camino de Abel. Y se lo dice de un modo tajante, en términos personales: “optaste mal, elegiste mal, actuaste mal y espero que te des cuenta” (95). Pero también universales: “revolucionarios son aquellos que hacen cosas por la revolución, los que no abandonan a su pueblo por cuidar el pellejo” (96). Cuando Pablo desaparece, Abel se consume en la culpa: siente que “una rata/el exiliado es una rata. Rata por escabullirse en la penumbra. Rata por asustado/Rata por perseguido/Rata por agazapado/Rata por sentirse en un laberinto/Rata por sentirse una rata” (150). Romper con el silencio que le habían impuesto su hermano Pablo y también la dirigencia de las organizaciones armadas, y escribir y publicar este libro, donde logra construir una voz propia, singular, significa para Sergio Schmucler un verdadero desafío.

Ulises Valderrama Abad lee esta obra como una novela de aprendizaje. Es precisamente tras el breve retorno de Abel a Córdoba en mayo de 1983 —que se puede seguir en la cuarta parte del libro a partir de breves anotaciones en un Diario de viaje— cuando este logra despedirse finalmente de su pasado. “Vivo enredado en una telaraña de objetos y de imágenes que no existen” (158), admite en ese

momento, y recuerda la manera de caminar del negro Walter, ya desaparecido: “Pensé en él y pensé que está muerto. Pablo también. Van a envejecer como muertos. Se van a morir de viejos muertos” (159). La convicción de la derrota, su letanía melancólica y la certeza de haber llegado tarde no impiden sin embargo que se desate en Abel la furia por las cosas que se murieron, y por su ausencia en el momento en que se murieron:

¿Por qué no le dije la tarde que nos vimos por última vez que lo quería?
 ¿Por qué no me arrodillé frente a él y grité que lo amaba y que no
 importaba nada, ni los compañeros, ni la muerte ni la revolución, por qué
 no le dije que tenía miedo, que me estaba desangrando de miedo, y por qué
 no vomité de miedo, y por qué no me oriné ahí, arrodillado frente a él?
 (162)

Las últimas palabras de esta novela de Sergio Schmucler permiten comprobar que Abel ha podido realizar finalmente el duelo. Con un trabajo y una pareja estables, la culpa que sentía en el exilio se convierte para él en la certeza de pertenecer a otro mundo, de sentirse otro, muy diferente al adolescente que había partido de Ezeiza en 1976. Confiesa allí, sin tapujos, haberse olvidado de la revolución y admite: “no creo ya más que haya que dar la vida para cambiar el mundo” (163). Ubicarse, en este caso, detrás del vidrio implica no sólo sobrevivir, sino también la posibilidad de armar la propia vida, su propia vida, y de obtener una voz para contar su parte en esta historia. Aunque esto implique saber, con el cuerpo, que nunca se podrá recuperar nada, que quedó un hueco, así, para siempre: “Así para siempre un hueco que no se llena con nada, que a veces parece no existir, pero que no deja de estar” (164).

El descenso a los infiernos

El epígrafe de *Hades Argentina*, de Daniel Loedel, ofrece una primera pista: “A mi hermana” (Loedel 3). Sin embargo, estas palabras resultan inseguras, pues se trata, a todas luces, de una novela que rompe con los protocolos del testimonio. El aparato paratextual del libro ofrece la información de que Daniel Loedel es un escritor norteamericano, que vive en Nueva York y publicó en 2021 y en inglés esta que es su primera novela. Un año después, en 2022, se traduce al español. Es más, en los agradecimientos, Loedel reconoce que lo inspiró su media hermana, Isabel Loedel Maiztegui, “una montonera desaparecida el 17 de enero de 1978, a los 22 años. No hubiera podido escribir esta novela sin su sacrificio” (280).

En la búsqueda de un corpus que permita trabajar los puntos de vista, la mirada y la construcción de la voz de los hermanos de los detenidos-desaparecidos en Argentina, en este caso, las condiciones extraterritoriales de la novela la vuelven interesante. No es entonces casual que Isabel sea precisamente el nombre de la militante montonera protagonista de *Hades Argentina*, un título con mucho atractivo para el imaginario que atraviesa la lectura norteamericana sobre las dictaduras del Cono Sur. Escrita a partir de un narrador protagonista que se llama Tomás Orilla, al que se describe como “una persona herida, un refugiado” (8), la historia comienza en 1986 y, después de considerarse desaparecido durante diez años, Tomás decide regresar a la Argentina como respuesta a una carta que supuestamente le envió Pichuca, la madre de Isabel Arostegui, su gran amor de juventud. Vive en Nueva York, está casado y es traductor, pero el pasado se le incrusta a Tomás en pesadillas reiteradas que no lo dejan vivir en paz. Volver a la Argentina significará el retorno de lo reprimido en el sentido más claro de Freud. Porque la extensa novela finalmente se convierte (como ya lo anunciaba el título) en un viaje a los Infiernos, al submundo de una memoria que intentó por todos los medios sin éxito acomodarse a la *normalidad* de la vida neoyorquina.

Tomás se encuentra en Recoleta con el coronel Felipe Gorlero, su mentor de ajedrez en el pasado, quien ocupó el lugar dejado por su temprana orfandad.

Pero el coronel es un fantasma que lo va a conducir de una manera magistral por el mundo de los muertos, y de lo reprimido. Porque lo que Tomás nunca le pudo explicar a Claire, su esposa norteamericana, era “lo que uno se hacía a sí mismo. Para escapar de la oscuridad tenías que abrirte una salida desgarrando tu propio ser con las uñas, tu propia mente” (131). El viaje, la historia que se cuenta en este libro, lo hace revivir su vida como doble agente e infiltrado. Fue Isabel, su gran amor adolescente, intenso y nunca debidamente correspondido, quien le pide que colabore con la organización cuando la joven comienza a militar en Montoneros. Y gracias a su relación con el Coronel, y para infiltrarse, Tomás comienza a trabajar en Automotores Orletti, donde lo destinan a limpiar la sala de torturas. A partir de un riguroso trabajo de investigación, Loedel recrea el día a día de este centro clandestino de detención ubicado en Floresta. Y se permite, desde la ficción, deconstruir el imaginario de los combatientes, trabajar minuciosamente en las zonas grises, en los puntos de fuga de la colaboración con los perpetradores, pero también en los quiebres sutiles en la piel de los militantes.

En el fantasmagórico mundo de los muertos, Tomás tendrá que enfrentarse a las sucesivas visiones, versiones, encarnaciones y espectros de sí mismo y de los demás. Va a limpiar la sala de torturas de los prisioneros, pero también va a sentir en su propio cuerpo el horror de la tortura. Porque, como le dice el Coronel, esto es la muerte: “lo que fue y lo que nunca tuvo chance de ser” (40). Es en el mundo de los vivos donde se salvan vidas, le advierte. Y es aquí donde se puede pensar esta novela como la posibilidad de construir un archivo dislocado, descentrado. Un archivo diferente al de las discursividades de los archivos humanitarios, pero también al de los combatientes y a su ataque contra la ignominia de los supuestos traidores. Una vez más: la voz de un hermano construyendo un tercer archivo que desbarata el silencio impuesto por su familia a raíz de la desaparición de Isabel.

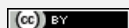
Una conclusión provisoria

Ya se dijo en este artículo: la desaparición forzada, como crimen emblemático de la historia argentina, destina a los archivos humanitarios a un cierre que, de antemano, resulta imposible. A estas alturas de los estudios sobre memoria y derechos humanos, es lícito subrayar la importancia de cómo se recuerda el pasado, quién lo recuerda, cuáles son las narrativas que se legitiman en el espacio social y político, y cuáles quedan olvidadas. Y cuando se piensa en la lectura que los hermanos hacen de esa larga temporalidad de la memoria, centrada en Argentina en la figura de madres e hijos, abuelas y nietos, surge la posibilidad de desarmar los archivos. La mirada de los hermanos puede entonces someterlos a la deconstrucción, reorientar su apertura al porvenir, vincular el saber y la memoria a la promesa de un nuevo conocimiento.

Bibliografía

- Aguirre, Osvaldo. *Los pasos de la memoria. Casos de desaparición de militantes políticos en Rosario*. América libre, 1996.
- Butler, Judith. *El grito de Antígona*. El Roure Editorial SA, 2001.
- Calveiro, Pilar. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Grupo Editorial Norma, 2005.
- Carnovale, Vera. “Entrevista a Cristina Zuker”. *Memoria Abierta*. <https://indice.memoriaabierta.org.ar/item/44677>.
- Confino, Hernán. *La contraofensiva: El final de Montoneros*. Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Crenzel, Emilio. *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Siglo XXI, 2008.
- Derrida, Jacques. *Mal de archivo, una impresión freudiana*. Trotta, 1997.
- Jelin, Elizabeth. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Gillespie, Richard. *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Grijalvo, 1998.
- Loedel, Daniel. *Hades Argentina*. Penguin Random House Grupo Editorial, 2022.

- Longoni, Ana. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Grupo Editorial Norma, 2007.
- Pittaluga, Roberto. “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, editado por Marina Franco y Florencia Levi, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós, 2007, pp.48-58.
- Pollak, Michael. “Memoria, olvido, silencio”. *Comisión Provincial por la Memoria*, 1989
https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/memorias/Pollak.pdf.
- Pontelli, Lorena, y Luciano Urrutia. “Aparecida: los archivos del mal y el fantasma del cuerpo de la madre. Una lectura deconstructiva sobre la (des)aparición de la voz de la mujer revolucionaria”. *Anacronismo e Irrupción*, vol. 13, n° 24, 2023, pp. 58-76.
<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/anacronismo/article/view/8906>
- Richard, Nelly. *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Rosano, Susana. “Narrar la historia desde otro lugar. Sobre *El tren de la victoria*, y el relato de los hermanos”. *Badebec. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol.12, n°24, 2023.
<https://badebec.unr.edu.ar/index.php/badebec/article/view/585>
- Schmucler, Sergio. *Detrás del vidrio*. Era, 2000.
- Teubal, Ruth, et al. *Memorias fraternas. La experiencia de hermanos de desaparecidos, tíos de jóvenes apropiados durante la última dictadura militar*. Eudeba, 2010.
- Valderrama Abad, Ulises. “Militancia, archivo y novela de aprendizaje: el exilio adolescente en *Detrás del vidrio*, de Sergio Schmucler”. *Cuadernos Americanos*, vol.3, n° 181, 2022, pp.69-93.
https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/bitstream/CIALC-UNAM/A_CA1931/1/CA181_69.pdf
- Zuker, Cristina. *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Editorial Sudamericana, 2003.
- _____. *El tren de la victoria. La saga de los Zuker*. Del Nuevo Extremo, 2010.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by Pitt Open Library Publishing.